

152/322



"Heraldo de Madrid"

19 marzo 1901? 1-282

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo I

### EL "ALMA," DE MANUEL MACHADO

Los recientes sucesos de Barcelona me habían llevado á cierta excitación de espíritu; discutía, enardeciéndome, acerca de la religión anarquista y de la redención por la sangre inocente, mezclando así preocupaciones de índole económico-social con preocupaciones de índole religiosa. Acababa, además, de leer el libro de Hoffding sobre Soren Kierkegaard, el poderoso pensador y sentidor danés, el gran melancólico, el filósofo del irracionalismo y de la contradicción y del salto, de las disyunciones y del *ó todo ó nada*, el principal modelo de aquel grandioso y sombrío Brand, de Ibsen. Meditaba acerca de la contemplación y la acción y el valor del Arte, inclinándome á esteriorismo, no ya inútil, sino dañino. Lo que de esteticismo pagano haya podido dejar en mí la frecuentación profesional con los poetas y pensadores griegos, parecía anegarse bajo el flujo de religiosidad cristiana. Un amigo me había llamado jansenista, otro hugonote.

En tales circunstancias recibí las poesías de Manuel Machado, reunidas bajo el título de *Alma*. No podían llegar en peor ocasión. Se las leí, sin embargo, á un amigo ciego, y, según las leía, un soplo de calma creaba mi espíritu encandecido. Lo que acaso ha brotado de tempestades espirituales de un hombre, sirve para encalmar las tempestades espirituales de otro. Era un sorbo de rocío que encontraba en el hueco de una peña, en pleno ardiente Sahara, y ese sorbo, al humedecer los labios de mi alma, me hacía soñar con la fuente inagotable.

Recordé, sin querer, aquel encuentro entre Brand y Einar, que al empezar el sombrío drama se nos muestra. Y dejé que los versos alados, rocío poético, bañaran el granito de mi alma, pues así la desgastan, y el polvillo á que se reduce va sedimentándose en sus grietas, para que luego en ellas broten esas plantas humildes que refrescan á los desiertos ardientes.

Hay un momento en que me revuelvo contra esta poesía, contra la poesía toda, acaso, y reniego del turrieburnismo. «Pero para este hombre—me digo—no hay patria, ni religión, ni Dios, ni hambre, ni miseria... Ante el invierno que arroja á tantos á la desesperación, ¿no se le ocurre otra cosa que pedir á su amada sus rojos labios, única flor que en el invierno queda? Pide reunirse en familia con un libro y fuego alegre, ¿no sería mejor que saliera á enardecer á los que ofrecen su vida á las balas sobre la nieve?» Y luego me añade con el *Aleliastés*: «¡Vanidad de vanidades y todo vanidad!» Y recuerdo el «la vida es sueño» y el hondo sueño de resignación de nuestro pueblo y la mansedumbre del vencido. Y vuelvo á leer *Adelfos*, la poesía que Machado me debía—Apolo se lo pague—, y yo, hijo de la raza vasca, amiga de la montaña que hay que trepar y del océano que hay que domar con los remos ó las velas, amigo del cielo gris y de la acción enérgica, releo lo que dice ese hombre de «la raza mora, vieja amiga del sol», ese hombre de los que todo lo ganaron y todo lo perdieron, ese hombre cuya voluntad se ha muerto una noche de luna.

Autógr.

Que las olas me traigan y las olas me lleven,  
y que jamás me obliguen el camino á elegir.  
¡Elegir camino! ¡Y yo que no quiero elegirlo,  
sino hacérmelo por la intrincada selva, por lo  
intransitable; camino por lo intransitable; cam-  
mino al infinito, á lo innaceesible!

¡Ambición!, no la tengo. ¡Amor!, no lo he sentido. ¡Sin ambición ni amor! ¿Qué es esto?

Que la vida se tome la pena de matarme,  
ya que yo no me tomo la pena de vivir.

¡La pena de vivir! Sí, la pena de vivir; pero  
ahí está la fuente de la dicha suprema, de la  
dicha de la victoria, en la pena de vivir. Sin  
pena no quiero vida.

Y, sin sentirlo, me siento llevado á discutir  
con el poeta; es que me defiende del encanta-  
miento de su palabra; es que quiero ahogar la  
voz esa de la raza mora, que también habla en  
mi interior, aunque yo no crea tener sangre  
mora. ¿La tendré? Y recuerdo que de cuantas  
comparaciones se han hecho entre el vasconce  
ó eusquera, la lengua nativa de mi casta, y  
otros lenguajes, la que más me ha convencido  
es la que Gabelentz, un alemán, llevó á cabo,  
comparándolo con los idiomas berberiscos del  
norte de Africa. El hombre es nexo de contra-  
dicciones, y por eso vive y obra; la contradic-  
ción es la fuente de la vida. A cada instante  
morimos, á cada instante nacemos; la lucha en-  
tre el nacimiento y la muerte es la que nos hace  
la vida. Y así sucede con la acción y la contem-  
plación. La guerra se asienta en paz; la paz, en  
guerra. Y cuando más enardecido me siento,  
cuando más ansia tengo de acción—de acción  
interior—, viene uno y me canta al oído:

Que las olas me traigan y las olas me lleven,  
y que jamás me obliguen el camino á elegir.

Al conjuro del canto voy adurmiéndome y  
empiezo a soñar, y una voz secreta, una voz á  
la que el tráfago de la vigilia no me deja oír,  
me dice al oído, quedo, muy quedo: «Y tu ac-  
ción toda, esa acción que á palabras y predic-  
ción se reduce, esa acción interior, ¿no es con-  
templación acaso? ¿No buscáis en el esfuerzo  
el deleite que no os es dado alcanzar en la re-  
nuncia á todo esfuerzo? Y, después de todo,  
¿qué más da?»

Y despierto y vuelvo á la vigilia, y la voz del  
poeta me canta al son de una guitarra...

No importa la vida, que ya está perdida,  
y, después de todo, ¿qué es eso, la vida?  
Cantares...

Cantando la pena se olvida.

Y vuelvo á encabritarme y exclamo: «¿Que  
está perdida? Pues ¡se la conquista, se la crea,  
se la hace!... ¿Qué es la vida? Y ¿qué no es la  
vida? La vida no es, se hace; se hace día á día,  
momento á momento.»

Y el poeta, en vez de contestarme, me cuenta  
cuándo

Por la terrible estepa castellana  
al destierro, con doca de los suyos  
—polvo, sudor y hierro—, el Cid cabalga,

y cómo la niña le ruega que pase, sin preten-  
der entrar en su casa, que, de admitir al destie-  
rrado, sería arrasada por el vengativo Rey, y  
me habla de Felipe IV, y de Villamediana, y de  
Antonio y Cicoparra, y de Oliverotto de Fermo,  
presentándome sus retratos, de firma trazo, de

Kierkegaard

Autógr.

Luis Carras





sobrio color, tan depurados por el Arte, que no me indigno de que se le llame á Oliverito de Fermo «asesino elegante y discreto». Y al punto me acuden á la memoria aquellos perdurables versos de la Odisea: «Los diosas traman y cumplen la destrucción de los hombres, para que los venideros tengan algo que cantar.» Y me digo: «Estos poetas viven en el pasado, en el recuerdo; hasta cuando cantan esperanzas, las tejen con recuerdos—y ¿quién no?, me dice una voz interior—; sólo cantan lo que la muerte ha depurado.» Pero, ya cuando me habla de Versalles y del Triánón, y de la Corte del rey Sol, de las damas galantes, de las pelucas rizadas, de las cornucopias, de los brocateles y madapolanes, de la «hora tranquila de los canafiecos», entonces invoco á Marat, á Danton, á Robespierre, á aquellos hombres de fe, de verdadera fe, que expresaron la revolución según el Evangelio de Juan Jacobo, y que hicieron rodar las cabezas de las damas galantes y de las pelucas rizadas al son de la *Carmanola*. Pero... ¿es que las damas galantes de la hora tranquila de los canafiecos no tenían alma? ¿No la tenía, acaso, «la princesa pequeñita de los cuadros de Watteau»? Y el poeta me dice:

... Yo adivino en su semblante  
que ella goza, goza y quiere,  
vive y ama, sufre y muere...  
¡como yo!

—¿Como tú? ¿Pero tú gozas, tú quieres, tú vives, y amas, y sufres, y mueres? Pues si quieres, y vives, y amas, y sufres y mueres, ¿por qué no unes tu voz al coro de los miserables, de los que sufren hambre y sed de justicia?

Y en vez de contestarme me habla de *Gerineldos, el paje*, el paje, es decir, el esclavo.

Del color del lirio tiene Gerineldos  
dos grandes ojeras;  
del color del lirio, que dicen locuras  
de amor de la Reina.  
Y al llegar la noche,  
junto á los matices  
de arrapanes vaga,  
cerca del castillo.

Gerineldos es paje, es esclavo; pero la Reina, su señora y dueña, se entrega á él, y él es por un momento dueño de su señora y dueña, dueño en el amor. Y el esclavo se consuela de su esclavitud, y la ha vencido.

Y me viene á las mientes una fantasía que se me ocurrió hace algún tiempo, y que pugna por cobrar expresión. La fantasía es que habitaban un castillo, desde hace siglos, los señores de una comarca, y allí cerca habitaban sus esclavos. Sucediéronse en el castillo los reyes á los reyes y las princesas á las princesas, y en la cabaña se sucedían los siervos á los siervos.

Tanto lujo y voluptuosidad de vida, tanto ocio y hastío, acabaron por engendrar, al rodar de los siglos, una princesita imbécil; el más refinado producto de aquel señorial linaje, y de otra parte tanta miseria y dureza de vida, tan rudo trabajo y resignación desesperada engendraron, al rodar de los siglos, un zagal imbécil, último producto del tugurio de los siervos.

Y en vano fué que quisieran mantenerlos encerrados; los dos imbéciles, la princesita y el zagal, se escaparon al bosque, se vieron, se sonrieron á los ojos, y sin decirse palabra, se amaron en el seno de su imbecilidad. Y de allí surgió el redentor de unos y de otros, de los reyes y de los esclavos.

¡Ah, si cogiera esta fantasía el poeta!...

Y el poeta viene y me habla de Pierrot y de Colombina, de Colombina, que se entrega al marqués por una pulsera de oro y un collar de perlas, y luego duerme y sueña

en el brazo blanco de Pierrot, desnudo,  
mirar su pulsera...  
en el cuello blanco de Pierrot, desnudo,  
su collar de perlas.

¡Pobres gentes! No me extraña que Colombina quiera

morir, y no sabe  
por qué...

Mas... ¿no es esto sentimentalismo, artificio, blandenguería, molición? Y recomienza mi lucha contra el poeta. Y el poeta, al son de su guitarra, me canta:

La prima que canta y el bordón que llora...  
Y el tiempo callado se va hora tras hora...  
Cantares...  
Son de ojos fatales de la raza mora.

¡La raza mora! Pero es que la raza mora de este Machado es una raza mora que se ha bautizado en París y ha oído á Musset y á Verlaine, y en algunos de sus cantos hay de ojos fatales de Leconte de Lisle, como en su *Oasis*, y de José María Heredia, como en sus *Flores*. ¿Y qué? Todos nos buscamos á través de los demás, y no hay otro modo de llegar á encontrarse. Y el canta su canto, y hasta cuando las palabras sean de otros, es la música suya. Y muchas veces de su música surge su letra, la suya.

Me escribe este moro que se va á París de nuevo. ¿No sería mejor que se volviera á su morería? Pero ¿no estará acaso en París su morería? Lo casi indudable es que su alma de moro dará mejor sus frutos fuera de su nativa morería; fuera de ella valen los moros. Como allí, entre la morisma, todos se dejan traer y llevar por las olas, sin tomarse el trabajo de elegir camino, creen que esto es lo universal y no sienten su valía toda; es preciso que salgan y contemplen cómo otra gente se afana por abrirse camino, y la compadezcan. La cigarra redobla á cantar cuando va pasar á la muda hormiga cargada con su botín; fué el trajinar de Marta lo que movió á María á echarse á los pies de Jesús. Sí, que se vaya á París.

Que se vaya á París, á cantar *antifonas* á la «reina de los besos, flor de la orgía»,

amantes sin amores, sonrisa loca...

á reír juntos mientras lloran,

hasta que se confundan en el olvido  
tu hermosura podrida, mi lira rota.





Y me digo: ¿todo esto es verdad ó es un tema poético? ¿Y qué es verdad? Todo esto ¿es sincero? ¿Y qué es sinceridad? Me acuerdo de Musset. ¿Y qué derecho tenemos á dudar de la sinceridad ajena? Verdad de hoy, mentira de mañana; sinceridad de ahora, insinceridad de después. Si cuando lo cantaba lo creía, ha hecho obra incessantemente poética. Vive al último soplo de viento, al minuto, abierta el alma á las más fugitivas impresiones; ahora, creyente; luego, impío; hoy, ansiando el autor; mañana, la muerte. Así fué Verlaine, y esta impersonalidad da personalidad á su obra; fué apacífica vibrante á las brisas; auras, vendavales y aquilones de la vida, eternizando lo momentáneo.

Y así estos versos, fugitivos, alados, breves, de ritmo que se escapa, hechos para aprenderlos de memoria y recitarlos casi maquinalmente, como se tararea una vieja canción, mientras se piensa en cualquier otra cosa. ¿Qué lejos de Quintana y de sus elocuentes y enfáticas arengas rimadas! Hasta el viejo y rucio romance castellano, el de los periodos anquilosados, el de los relativos y preposiciones y adverbios, parece que se disgrega y se hace más invertebrado y suelto en estos versos...

Al destierro, con doca de los suyos  
—polvo, sudor y hierro—, el Cid cabalga.

Un paréntesis invertebrado, que no pesa, sin lañas ni corchetes. ¿Llegaremos á hacer de esta lengua oratoria la del amplio y ondulante periodo, la del *así como...*, *así también*, del *sin embargo*, y el *en efecto*, y el *por lo tanto*, y el *entiendo, señores*, y de toda clase de balaustradas, una lengua poética, suelta, de rápidas notaciones que se sucedan?...

Estoy pensando en esto, distraído, cuando oigo al poeta:

—Ven tú conmigo, reina de la hermosura; hetairas y poetas somos hermanos!

Y mientras mi Brand, el que llevo dentro, se indigna de esto, exclamo: —¿Qué atrocidad! ¡Prostitutas y poetas hermanos!... Pero al punto me acuerdo de la hetaira Magdalene, y me recojo á reflexionar—¡á reflexionar!—y me digo: —Sí, son hermanos hetairas y poetas, y somos hermanos todos, todos, todos, santos y criminales, héroes y viles, sabios é imbéciles; todos hermanos, todos... Y todos vendemos lo

que no tiene precio, y todos damos al mundo por oro nuestros amores y nuestra poesía— porque todos tenemos poesía y amor—, y en el olvido se confundirán.

Su hermosura podrida, mi lira rota y la hazaña heroica de este y la ciencia de aquel y la santidad del uno y el crimen del otro, y ¡ay del hombre si no hay para todos perdón! Y mientras venga ese santo día del olvido, ese día piadoso que se trague hermosuras podridas, liras rotas, ciencias petrificadas, hazañas agotadas, santidades diluidas, crímenes, muertos; mientras llega ese día de suprema misericordia, que es la justicia suprema, que venga el poeta y me cante al oído y me adormita y me haga soñar y refresque con recuerdos mis esperanzas, que en recuerdos se convertirán al cabo, y cuando esté más enardecido en mi batalla, que me cante aquello de

No importa la vida, que ya está perdida,  
y después de todo, ¿qué es eso, la vida!...

que me lo cante, que al son de su guitarra me ganaré mi vida y me abriré camino. Después de haber oído al poeta y de haber luchado en mi espíritu contra el encanto de sus cantares, y de haberme defendido, mientras de su alma—del alma de su *Alma*—me dejaba penetrar, después de ese combate, vuelvo á mi labor, á abrirme por lo intransitable camino á lo inaccesible. Se lo debo al poeta; Dios se lo pague.

Y veo en mi interior que Brand y Einar se acercan uno á otro y se ofrecen las diestras y se las aprietan con efusión, recordando los días dichosos, los días de la poética infancia, en que juntos soñaron en esperanzas que hoy son recuerdos. Y me acerco al poeta, le tiendo mi diestra y le digo: ¡Gracias, hermano!

MIGUEL DE UNAMUNO.

Lejos

4

Autob.

l  
r  
e  
c  
e  
d

